LETRASFICCIÓN

POESÍA Y ENSAYO

«Los señores del límite»

W. A. Auden. Círculo de lectores. 500 páginas. 20 euros. ✱✱✱

Una colección de poemas que abarca desde 1929 hasta 1973, así como varios ensayos sobre lo poético y un par de textos sobre el regreso a la fe cristiana del autor contiene *Los señores del límite*, un libro que acaba de editar Galaxia Gutemberg/Círculo de lectores, con prólogo y traducción de Jordi Doce.

«Haz de tu vida una obra de arte», nos había dicho el ateo Sartre en *El existencialismo es un humanismo*. Pues bien, antes (1929) el cristiano Wystam Hugh Auden (York, 1907-Viena, 1973), había escrito «torna en viñedo el maleficio». En este verso de la elegía *En memoria de W.B. Yeats,* late un optimismo que mezcla la piedad y la dureza que solo hallamos en las mejores obras o en esas crónicas que desgranan desdichas o realizan una disección del tedio y la soledad en medio de nuestro holocausto diario de los ideales.

Tenemos en las manos un volumen en el que se aprecia el coraje con que Auden afrontó las circunstancias de un tiempo tan convulso como el que le tocó vivir, sin concesiones, sin atajos históricos, sociales, religiosos o ideológicos.

En otro verso, «este es el día que hemos de vivir», perteneciente al poema *Otro tiempo*, se reafirma ese duro optimismo existencial que caracteriza la trayectoria vital de poeta inglés, que nos recuerda una vez sí y otra también lo difícil que es aguantar la vida, la existencia, a palo seco, sin himnos ni banderas que seguir.

Desde esa perspectiva, nos conmina a cumplir con nuestra obligación de luchar por la libertad, de forjarnos un rostro propio, más allá de las limitaciones sociales, económicas o culturales.

Nómada por vocación (residió en Oxford, Berlín, Nueva York, Italia y Austria), Auden solo admite una patria posible: la de la infancia, tal como había dicho Rilke, un poeta que no era de su agrado. En *La poza* o en *El Baedaker no lo menciona* dejó constancia de su devoción por los páramos mineros del norte de Inglaterra, su tierra natal. Además, nos invita a que seamos responsables de nuestros actos, que no miremos para otro lado, ni ante el mal, pues incluso a este hay que vencerlo abrazándolo con el bien.

Gonzalo Trasbach

EN PARALELO A PYNCHON

ALPHA DECAY DESCUBRE PARA EL LECTOR ESPAÑOL A JIM DODGE, UNO DE LOS AUTORES ESTADOUNIDENSES MÁS SÓLIDOS DEL PANORAMA ACTUAL

Dice muy poco del mundo editorial que todo lo que se haya hablado hasta el momento en España de Jim Dodge (Santa Rosa, California, 1943) se deba a la reciente aparición de la novela *Cosas que hacen bum*, del barcelonés Kiko Amat, quien lo sitúa entre sus referencias. El pequeño pero pundonoroso sello catalán Alpha Decay pone coto a este lamentable déficit. Y lo hace a lo grande, con la publicación de *Stone Junction* —quizá su novela más importante, *La encrucijada de la piedra* es titulada aquí de forma un tanto arriesgada *Introitus lapidis. Una epopeya alquímica*.

Parece inevitable la asociación pynchoniana. La verdad es que podrían ser suficientes ese título y el hecho de que el texto vaya precedido de un prólogo escrito por el propio Thomas Pynchon en 1997 para vincularlo con su universo imaginario. Pero la hermandad va más allá de esta flaca circunstancia o de un hecho generacional. Y si es cierto que el estilo de Dodge elude el barroquismo delirante, las voces cruzadas, las redes argumentales, la proliferación alocada de personajes, el salto constante y el caos, también lo es que el mundo de *Introitus...* discurre paralelo al de *Vineland*, y tanto que hasta fueron publicadas el mismo año: 1990.

El libre albedrío, el control sobre el individuo —ya sea del Estado, ya sea de las empresas, a través de la información, los servicios de inteligencia o el ejército—, el viaje iniciático, la profecía, el anarco, la desintegración del sueño *hippy*, los titubeos *beatniks*, la filosofía chamánica, las drogas, la alquimia, el emboscado, el ingenuo heroico perdido en los alrededores rurales de California, valles aparentemente tranquilos donde cualquier cosa surrealista puede suceder... Todo eso está en Dodge, salvo que a él se le entiende a la primera, se le disfruta a la primera, se le lee con más facilidad —no precisa ese esfuerzo cómplice y a veces extenuante que requiere Pynchon—, y su humor es bastante menos corrosivo, menos apocalíptico. La bondad es aún posible y emana como una corriente mágica, natural, sin aditivos. La delectación del texto es aquí más inmediata, más accesible, lo que no invalida la alegre perversión del tortuoso goce pynchoniano.

El escritor Jim Dodge se prodiga poco en los medios y vive en un rancho aislado de Western Sonoma County, en California

NOVELA

«Introitus lapidis. Una epopeya alquímica»

Jim Dodge. Traducción de Mónica Sumoy Gete-Alonso. Editorial Alpha Decay. 539 páginas. 36 euros. ✱✱✱

FORMACIÓN Y PESQUISA

Pero ¡ya basta de Pynchon!, la obra de Jim Dodge se legitima sobradamente por sí sola. El periplo iniciático del joven Daniel Pearse, el esfuerzo de formación en la magia y otras artes sorprendentes —de la mano de esos pintorescos maestros que le facilita la AMO (Alianza de Magos y Forajidos)—, se conjuga con enorme pericia con la investigación del asesinato de Analee. Meditación, filosofía y pesquisa en la dosis prescrita.

Albricias, lector. Es un preciado regalo poder enrolarse en este viaje, una gran epopeya moral, y hacerlo en una versión tan pulcra y exquisitamente preparada por Mónica Sumoy Gete-Alonso.

Héctor J. Porto

UNA NOVELA PARA MASTICAR

Es *Firmin* la primera (y, presumiblemente, va a ser la única) novela del irreductible escritor norteamericano Sam Savage, una especie de Thoreau del siglo XXI que vive al margen del circo mediático, a pesar del fulgurante éxito cosechado por esta singular narración en Estados Unidos.

La novela cuenta en primera persona las desventuras de una rata llamada Firmin que prácticamente desde su nacimiento —su cuna fue un ejemplar mordisqueado del *Finnegans Wake* de James Joyce, obra que el roedor define como «el Gran Libro»— se dedica compulsivamente a leer y devorar (literalmente) todo libro que cae entre sus patas. Firmin, muy alejado de otros estereotipos ratoniles —«Me carga la rata de *El viento en los sauces* y a Mickey Mouse y Stuart Little me dan ganas de mearles en la boca», sentencia el protagonista—, es un «vagabundo, sin medios de vida, pedante, *voyeur*, roedor de libros, soñador ridículo, mentiroso, charlatán y pervertido» y suma a su fiebre lectora una devoción cinéfila que le lleva a jugarse continuamente el pellejo para asistir a escondidas a las sesiones del cine Rialto, la Casa de los Picores, donde a partir de medianoche se deleita con «las Beldades» que asoman a las películas pornográficas de su cartelera.

A lo largo de las entrañables páginas de este originalísimo texto, Savage va tallando un retrato del Boston de los años sesenta desde la perspectiva del díscolo animal (reniega de lo que llama su «pasado burgués»), que asiste desolado a la demolición de su librería, su cine y demás escondrijos habituales. Al tiempo, el autor perfila lo que sospechamos es un autorretrato bajo la máscara del personaje Jerry Magoon —que cobija en su hogar al roedor y, en una vuelta de tuerca más, lo sienta ante las teclas de un diminuto piano— y compone una selecta lista de autores y obras que prueban el exquisito gusto literario de la rata, que incluye entre «los Grandes» a los enormes Melville, Cervantes o Proust. *Firmin*, relato dirigido tanto al adolescente con inquietudes como al erudito estudioso de Joyce («Joyce fue uno de los Grandes, quizá el más Grande de todos», apunta) es una inmensa declaración de amor a la literatura y fascinará a quienes padecen desde la infancia esa patología que obliga a leer hasta los infumables prospectos de las medicinas. Una novela para masticar.

Luis Pousa

NOVELA

«Firmin»

Sam Savage. Editorial Seix Barral. 222 páginas. 16,50 euros. ✱✱✱

CALIFICACIÓN
✱✱✱ MUY BUENO
✱✱ BUENO
✱ CORRECTO
● MEJORABLE